

EL SÍMBOLO EN LA LITURGIA: UNA COMUNIDAD Y DOS MESAS

PAULINO MONTERO CARRASCO
Centro Teológico San Dámaso
Madrid

En los siglos III-IV del cristianismo se consideraba cristiano a aquel que después de un proceso (catecumenado) celebraba los sacramentos de iniciación cristiana (bautismo-confirmación-eucaristía). Cuando el cristiano se reúne en comunidad para celebrar el misterio pascual (pasión-muerte-resurrección-ascensión de Cristo), se introduce en unos códigos de comunicación-expresión que el grupo entiende como propios y que le hace sentirse como grupo particular dentro de los otros grupos que a nivel social existen, y grupo particular también al sentirse transmisor de una herencia determinada por la que se sabe continuador del mismo acontecimiento de salvación y no otro.

Esta especificidad grupal viene marcada principalmente por unos determinados códigos de tipo lingüístico, gestual, icónico. Es difícil entender la existencia de un grupo donde no exista el diálogo. Por eso podemos afirmar que es connatural a un grupo de personas un código de comunicación, y más cuando la comunicación o el diálogo se entiende a nivel de trascendencia, es decir, un diálogo que parte de la iniciativa de Dios, concretamente en el caso que nos ocupa. Entrar en este diálogo de tipo comunitario exige un período de formación; de aquí el valor de la catequesis en su tarea de acompañamiento hacia la celebración litúrgica.

Ya se ha dedicado espacio en el artículo de A. de la Fuente a explicar el concepto de "símbolo". Es una tarea harto difícil, pues siempre nos encontraremos opiniones de índole diversa a la hora de aceptar el contenido de un determinado concepto. No suele ser raro encontrarse con opiniones que parecen otorgar a palabras distintas el mismo contenido, como

pueden ser: signo, símbolo, expresión simbólica. ¿Son realmente la misma cosa o existe una particular complementariedad? ¿Las entiende el grupo (Iglesia-comunidad-congregación) en su valor de identidad y particularidad grupal? ¿Qué retos se presentan hoy para que la comunidad-Iglesia se entienda como tal y, al mismo tiempo, continuadora de una herencia? Nos iremos moviendo entre estos interrogantes con una intención particular: sensibilizarnos, tomar conciencia de la necesidad de una labor catequética, cada vez mayor, para poder ayudar a nuestros hermanos en la fe a participar consciente, activa, piadosa, comunitaria, interna y externamente en la celebración litúrgica.

I. SIGNO-SÍMBOLO-EXPRESIÓN SIMBÓLICA

La participación en la celebración litúrgica, según el pensamiento de la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium*, es una de las metas a las que se debe tender; fundamental en este sentido será que los signos en la celebración sean significativos (cf. SC n. 7). Cuando en este documento conciliar se habla de "signo" no se está haciendo referencia a "una realidad sensible que nos remite a una definición"; al contrario, se está haciendo referencia a "una realidad que nos remite a una experiencia". En esta perspectiva parece moverse L. Maldonado al afirmar que "los signos son asunto central en la liturgia y la sacramentología; [...] el mundo de los sacramentos y de su liturgia es el mundo de los signos [...]. Tanto las acciones sacramentales como las acciones extrasacramentales de Jesús son realidades sensibles que remiten al misterio de Dios, manifestándolo y haciéndolo presente a través de la mediación de ellas mismas. Eso quiere decir ser signo"¹.

Esa capacidad de mediación, de acercamiento y manifestación del misterio que algunos otorgan a la expresión "signo", otros la ponen en el "símbolo", ya que "el símbolo-sacramento es una categoría de mediación. En ella se hacen presentes la inmanencia y la trascendencia. El símbolo-sacramento participa de dos mundos (inmanente y trascendente). [...] El símbolo es una categoría de encuentro, de convergencia. Por ello no resulta extraño afirmar, descubrir que allí donde hay encuentro 'interper-

¹ L. Maldonado, *La acción litúrgica. Sacramento y celebración* (Teología Siglo XXI 18; Madrid, San Pablo, 1995) 207-209.

sonal', allí es necesaria la mediación simbólica: sobre todo allí donde acontece el encuentro con el misterio santo"².

Básicamente se puede apreciar cómo con expresiones diferentes se está haciendo referencia a un mismo contenido, de ahí que algunos hagan hincapié en la interacción entre signo-símbolo³ y otros prefieran hablar de "expresión simbólica"⁴ sabiendo la complejidad ritual de la acción litúrgica y cómo ésta se realiza por y en favor de la persona, si bien su núcleo se encuentra en el misterio pascual y en la gratuidad de la presencia divina. Por esto mismo, nos parece más sugerente hablar de "expresiones simbólicas" que de signo o símbolo a secas, pues su valor más profundo nace cuando entran a formar parte del ámbito humano.

II. LA LITURGIA, PLATAFORMA PARA LA EXPRESIÓN SIMBÓLICA

No cabe duda de que todo acto litúrgico se desarrolla dentro de un determinado esquema ritual, en el que por medio de gestos, cosas, palabras, silencios... se actualiza el acontecimiento de salvación llevado a cabo por Cristo, siempre en la modalidad de diálogo-encuentro entre Dios y el hombre, sabiendo que fue Dios quien apostó desde siempre en favor del hombre, y lo restableció por medio de Cristo en el rango de la filiación.

² J. C. R. García Paredes, *Teología fundamental de los sacramentos* (Biblioteca de Teología 12; Madrid, Ediciones Paulinas, 1991) 109 y 116. "Para comunicar nuestras experiencias religiosas, los hombres y las mujeres nos servimos del lenguaje simbólico. Siempre que intentamos expresar las relaciones que nos unen con lo divino o nos preguntan por la naturaleza de los seres superiores, utilizamos espontáneamente el lenguaje simbólico. Sin el símbolo quedaríamos mudos, y nuestras experiencias quedarían ocultas. No utilizamos símbolos para especular sobre Dios o para describir el puesto objetivo que ocupamos en el universo, sino para desvelar el significado profundo de la vida humana y fundar las relaciones que hemos de establecer con la creación y con el mundo divino que le da sentido" (*ibíd.*, 115); cf. L. Boff, *Los sacramentos de la vida* (Alcance 1; Bilbao, Sal Terrae, 8^o1989) 105.

³ Cf. I. Baumer, "Interaktion-Zeichen-Symbol. Ansätze zu einer Deutung liturgischen und volksfrommen Tuns": *Liturgisches Jahrbuch* 31 (1981) 9-35.

⁴ Cf. A. Vergote, "Gestos y acciones simbólicas en la liturgia": *Concilium* n^o 62 (1971) 198-211; *id.*, "La realización simbólica en la expresión cultural": *Phase* 13 (1973) 213-322; L.-M. Chauvet, *Símbolo y sacramento. Dimensión constitutiva de la existencia cristiana* (Biblioteca Herder. Sección de teología y filosofía 191; Barcelona, Herder, 1991) 430-454.

Cuando ya san Agustín, al comentar el tema del bautismo a partir del evangelio de san Juan, decía que "el sacramento acontece cuando accede la palabra al elemento"⁵, tenía delante de sí ya una determinada estructura ritual. En este mismo sentido de estructura ritual se expresa la Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* cuando pone en relación palabras-ritos y palabras-cosas⁶. Pero, evidentemente, con ello no se pretende caer en el reduccionismo de considerar la acción litúrgica en el binomio escolástico de "materia-forma". Incluso el mismo *Catecismo de la Iglesia Católica* abandona dicha terminología para usar la de "palabras y acciones": "Toda celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con su Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo, y este encuentro se expresa como un diálogo a través de acciones y de palabras" (*Catecismo*, n. 1153).

La estructura ritual incluye palabras y acciones, pero no son palabras y acciones descarnadas, sino palabras que dicen las personas reunidas y acciones que realizan las mismas personas. Tales palabras y acciones se van a entender como "expresión simbólica" no sólo por Aquel o aquello a lo que remiten (apertura a la trascendencia), sino por Aquel de quien provienen, es decir, por la persona misma. El hombre es entendido como "animal symbolicum", es decir, como símbolo y como creador de símbolos. Por eso toda expresión simbólica realizada en la celebración litúrgica va a poner de manifiesto algo inherente a la persona misma, algo que hace referencia al mundo de la persona y desde lo cual la persona se sabe en comunicación, en diálogo. La estructura misma de toda acción litúrgica no hace sino poner de manifiesto un contenido que está en la base de la misma experiencia antropológica: "Como ser social, el hombre necesita signos y símbolos para comunicarse con los demás mediante el lenguaje, gestos y acciones. Lo mismo sucede en su relación con Dios" (*Catecismo*, n. 1146). Básicamente, la estructura de toda acción litúrgica se desarrolla en cuatro momentos: momento introductorio o de encuentro inicial,

⁵ S. Agustín, *In Jo* 80,3: PL 33,527.

⁶ "En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan" (SC n. 21); "los cristianos no asistan a este misterio de fe como extraños y mudos espectadores, sino que, comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen" (SC n. 48); "[los sacramentos] no sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y cosas" (SC n. 59).

momento de diálogo con la Palabra, momento particular del llamado "rito sacramental", momento conclusivo o de despedida. Estos mismos momentos son los que, en síntesis y de modo simplificado, enmarcan todo encuentro humano: saludo, diálogo, invitación y despedida.

Tales momentos de la celebración litúrgica van desarrollándose a través de expresiones simbólicas, es decir, van poniendo de manifiesto el diálogo-encuentro que se establece con Dios Padre por la presencia mediadora de Cristo. Esto nos obliga a cambiar el concepto de "sacramentalidad", en cuanto presencia operante y actual de Cristo y expresión de la iniciativa gratuita del Padre, reducido al septenario sacramental. La *Sacrosanctum Concilium*, en este sentido, nos enriquecerá al indicarnos que "para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, 'ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz', sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,20)" (SC n. 7). Se subrayan básicamente como presencias sacramentales de Cristo los signos sacramentales, la Palabra de Dios proclamada en la celebración, el presidente de la celebración y la comunidad reunida para la acción litúrgica. Desde este contenido podemos decir que la celebración litúrgica es una plataforma excelente, aunque no la única, para la manifestación de expresiones simbólicas.

Tomamos como paradigma, para adentrarnos en la visión pormenorizada de la expresión simbólica en la liturgia, la celebración de la eucaristía, ya que desde el mismo pensamiento conciliar se la considera como culmen de la actividad de la Iglesia y fuente particular de la gracia (cf. SC n. 10).

III. LA COMUNIDAD REUNIDA EN CUANTO EXPRESIÓN SIMBÓLICA

Como ya indicábamos antes, es promesa de Cristo mismo que, cuando dos o más se reúnen en su nombre, él se hace presencia sacramental en medio de ellos. Por eso la comunidad reunida en el nombre del Señor

Jesús se transforma en expresión simbólica, es decir, se entiende como presencia sacramental de Cristo. A la asamblea litúrgica se la considera como el grupo de los con-vocados, con-gregados, en el nombre de Cristo. Tarea, por tanto, de la catequesis será educar en el sentido, el porqué y para qué de la con-vocatoria, de la con-gregación. Como toda acción litúrgica, también la celebración eucarística comienza con el signo de la cruz, expresión simbólica por la que la comunidad reunida toma conciencia de por quién ha sido con-vocada, con-gregada, y el para qué de dicha con-vocación, con-gregación. En definitiva, por el signo de la cruz la comunidad toma conciencia de ser ella misma expresión simbólica de la presencia sacramental de Cristo.

Pero también, en palabras de Andrew Greeley, "la liturgia cristiana constituye un tipo especial de símbolo precisamente porque aspira a decir algo también especial acerca de la naturaleza de las relaciones humanas"⁷. Desde una catequesis litúrgica habrá que intentar purificar actitudes que a nivel personal o comunitario desfiguran la expresión simbólica de la comunidad y la convierten en expresión diabólica, es decir, en negación de la presencia sacramental de Cristo. Concretamente, nos estamos refiriendo a manifestaciones contrarias a un tipo de comunidad con-vocada o con-gregada, manifestaciones de tipo a-gregacionista, de se-gregación, o de dis-gregación.

1. *De con-gregados a a-gregados*

No raras veces damos la impresión en nuestra relación como miembros de una comunidad cristiana, y concretamente en los momentos comunes de celebración litúrgica, de ser miembros a-gregados más que con-gregados. Nada más contrario a la acción litúrgica que sentirnos una suma de elementos a-gregados. Cuando no nos sentimos con-vocados por Cristo, cuando no vivimos desde la con-gregación a la que nos llama Cristo, estamos favoreciendo una vida que se asemeja más a una suma de números. Sería una pena si todavía nos dejásemos llevar por los números más que por la sinceridad de la conversión, porque estaríamos favoreciendo una actitud agregacionista más que congregacional.

⁷ A. Greeley, "Simbolismo religioso, liturgia y comunidad": *Concilium* n° 62 (1971) 224.

Quien, habiendo dado una respuesta de con-gregado, vive como a-gregado perjudica los valores no sólo de la comunidad con-gregada, sino también del que la congregó. Ser un número más resulta a veces fácil, pero no deja de significar y declarar el miedo y la cobardía ante la libertad, ante el riesgo de la vida misma. Quien, respondiendo a una vida de con-gregado, vive como a-gregado dificulta el camino de aquellos que con sinceridad han respondido a la convocatoria de la Palabra de Jesucristo. Es difícil vivir los encuentros litúrgicos a nivel comunitario en profundidad cuando nuestra presencia se reduce a la a-gregación. Quien no se siente con-gregado sino a-gregado encontrará grandes dificultades para comprender la interioridad de una oración comunitaria-ecclesial dirigida a Dios. La a-gregación nace de actitudes que no miran a los demás como sujetos para amar, sino que se miran a sí mismos como sujetos a quienes los demás tienen que amar.

Resulta difícil sentirse convocado —congregado— por Cristo cuando en nosotros dejamos que tomen cuerpo actitudes de tipo narcisista, ya que es difícil amar a Dios cuando la mirada de uno mismo no va más allá de los límites de la propia persona.

2. De con-gregados a se-gregados

No cabe duda de que en estos años estamos más sensibilizados ante el problema de la "segregación". Y al hablar de "segregación" puede que el pensamiento nos traiga a la memoria problemas que no parecen tocarnos directamente, al menos a nivel personal, aunque sí a nivel social.

Ahora bien, no caigamos en la trampa de pensar que "los malos son siempre los otros". No caigamos en la trampa de pensar que los problemas sociales son problemas de "los otros". Todos somos corresponsables a la hora de dar respuesta a un problema. Y el mismo problema a nivel social se convertirá en interrogante a nivel particular-individual.

Por eso es legítimo que nos interroguemos sobre actitudes segregacionistas en nuestra vida de con-gregados. No nos pongamos a la defensiva a la hora de analizar nuestra respuesta a la convocatoria de Cristo: ¿Vivimos como con-gregados o favorecemos la se-gregación entre los componentes de la asamblea litúrgica?

Nos manifestamos segregacionistas cuando no valoramos el estilo propio (riqueza propia, dones, carismas) de los miembros de la asamblea en su rezar, en su participar, en su escuchar, en su hablar, en su compar-

tir... Los inmovilismos dentro de la asamblea suelen ser segregacionistas, dividen, rechazan, ahogan, no hacen de la comunidad celebrante una comunidad abierta, sino que más bien la cierran en sí misma y la cierran a la savia nueva que a ella puede venir.

De una comunidad que favorece la segregación no puede decirse que realmente dialogue-celebrando ni celebre-dialogando, porque la celebración y el diálogo, si son verdaderos, unen en un mismo deseo, en una misma súplica, en una misma alabanza, y esto no puede darse cuando existe la se-gregación, la división, el desprecio, la marginación, el rechazo. No está mal combatir la se-gregación que la sociedad provoca, pero es también pernicioso olvidarse de combatir la se-gregación que a nivel personal creamos o favorecemos en la comunidad celebrante.

3. *De con-gregados a dis-gregados*

Cuando engrosa el número de a-gregados en una asamblea litúrgica, y cuando ésta se instala en la se-gregación, poco a poco, de forma casi imperceptible, se llega a la dis-gregación, es decir a una asamblea diseminada, que no encuentra espacios para reconocerse como asamblea litúrgica. Es la situación de una comunidad de fe cuyos miembros buscan refugios alternativos con los que saciar las nuevas aspiraciones (nuevas expresiones simbólicas) que comienzan a suplantar las que hasta ahora se reconocían como legítimas y válidas.

El talante disgregatorio pone en duda la validez del encuentro comunitario-celebrativo en cuanto tal. Por eso, desde una actitud disgregadora todo encuentro comunitario-celebrativo se entiende despersonalizador, alienante.

Debería causarnos honda preocupación descubrir brotes de disgregación en nuestras comunidades litúrgicas; debería ciertamente alertarnos, pues una situación así es signo de verdadera destrucción de las expresiones simbólicas, ya que dejan de ser auténticas, no nacen del sentimiento común de comprenderse con-vocados por el mismo Jesucristo.

Ante situaciones de este tipo hagamos un esfuerzo para avivar –actualizar– en cada uno de nosotros las dimensiones a las que se abre el hecho de nuestra con-gregación para la acción litúrgica, de nuestra convocatoria o con-vocación: silencio-escucha, interiorización, respuesta (alabanza, acción de gracias, súplica), compromiso.

El momento introductorio de toda acción litúrgica tiende básicamente, desde las expresiones simbólicas que encauza, a purificar intenciones y subrayar los motivos fundamentales del encuentro: el signo de la cruz, el momento penitencial (fórmulas penitenciales, aspersion en tiempo pas-cual), las letanías del "kyrie", la invitación a la oración con su momento de silencio-interiorización-personalización, la ratificación de la oración presidencial con el "amén" de la asamblea. Quizás el problema mayor con el que nos encontramos sea el de la formación-educación para la celebra-ción y en la celebración, tarea importante que incumbe también a la catequesis.

IV. LA MESA DE LA PALABRA

La reflexión conciliar del Vaticano II ha pretendido devolver a la Palabra de Dios el valor del que se había visto privada al acentuar unilate-ralmente el signo sacramental (el elemento material del sacramento: pan y vino, agua, aceite, imposición de manos). Ya veíamos cómo la Palabra de Dios proclamada en la acción litúrgica es considerada, en expresión del Concilio Vaticano II, sacramento de Cristo mismo (cf. SC n. 7). Y en cuanto integrante fundamental de la acción de gracias de la Iglesia —ele-mento fundamental de la celebración eucarística—, se la considera como una de las dos mesas del único acto de culto que es la misa⁸. Estas ideas no son originales del Concilio Vaticano II, pero sí las ha recuperado en su valor primigenio⁹.

⁸ "Las dos partes de que consta la misa, a saber: la liturgia de la palabra y la eucaristía, están tan íntimamente unidas que constituyen un solo acto de culto" (SC n. 56). "A fin de que la mesa de la palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia" (SC n. 51). "La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la liturgia" (DV n. 21); "se nutren los cristianos de la palabra de Dios en la doble mesa de la Sagrada Escritura y de la Eucaristía" (*Presbyterorum ordinis* n. 18).

⁹ Ya san Ambrosio decía al respecto: "Este alimento, comedo en primer lugar, para llegar después al alimento de Cristo, al alimento del cuerpo del Señor, al festín sacramental, a esa copa en la que se embriaga el amor de los fieles" (*Expos. in Ps.* 118, 15,25: CSEL 62, p. 345).

La palabra de Dios proclamada en la celebración litúrgica se presenta como expresión simbólica en sus valores o funciones más genuinos: es informativa, compensatoria, intermediaria, reconvertidora, pedagógica y terapéutica, fundadora y conservadora de comunidad, de resonancia, trascendencia y transformación¹⁰. Cristo se hace sacramento en su palabra, nos habla del Padre porque es la Palabra del Padre Dios. Cristo nos vuelve a hablar hoy, desde las mismas expresiones lingüísticas de entonces, pero desde la novedad de la expresión simbólica, es decir, un mensaje actualizado (siempre antiguo y siempre nuevo), capaz de provocar también hoy, capaz de transformar, operativo, sugerente, sanante, reconciliatorio, orientador, manifestador de un Dios que toma la iniciativa de dialogar con el hombre de ayer, de hoy y de las futuras generaciones.

Este momento de la celebración se define como "mesa de la Palabra" por la alusión metafórica de la palabra al alimento, según aparece en algunos textos bíblicos, como, por ejemplo, el caso referido a la misión profética de Ezequiel¹¹. La referencia metafórica al banquete en el contexto de la proclamación de la palabra de Dios no puede quedar sofocada, y más sabiendo que Cristo mismo, en expresiones del evangelio de Juan, habla de sus palabras como "espíritu y vida"¹². Por tanto, todo cuanto se desarrolla a lo largo de este momento ritual (el rito de la palabra proclamada en la asamblea litúrgica) deberá leerse en la clave del alimento, de la comida, del banquete, de la mesa compartida donde el alimento es Cristo mismo en cuanto Palabra del Padre. Una pronunciación clara, inteligible, pausada, entonada, estará poniendo de manifiesto el deseo sincero, consciente y operativo de compartir con toda la asamblea el pan de la Palabra por parte de Cristo mismo ("pues es Cristo mismo quien nos habla", SC n. 7); y al mismo tiempo será favorecedora, en los oyentes, de actitudes de acogida y de respuesta, dando sentido a la oración, al canto, al gesto, a la atención, a la participación activa, plena, piadosa,

¹⁰ Cf. I. Baumer, *a. c.*, 30-31.

¹¹ "Vi una mano que estaba tendida hacia mí y tenía dentro un libro enrollado. Lo desenrolló ante mi vista: estaba escrito por el anverso y por el reverso [...] y me dijo: 'Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel'. Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo y me dijo: 'Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy'. Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel" (Ez 2,8-10; 3,1-3; cf. Ap 10,10-11).

¹² "El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida" (Jn 6,63).

consciente, comunitaria, interna y externa. La procesión de los que acceden al ambón para proclamar la palabra de Dios está expresando el camino que se recorre para "encontrarse con", para "compartir con", para "dialogar con". El signo de una procesión, de un ir al encuentro con Cristo palabra del Padre, realizado no de cualquier manera sino dignamente estará poniendo de manifiesto el valor de esa Palabra, que no es lectura de una revista, ni de un periódico, sino la Palabra misma de Dios. Cantar "¡aleluya!" junto con toda la comunidad como predisposición a la proclamación del Evangelio y como canto procesional, que acompaña la procesión que el diácono realiza con el libro del Evangelio hasta el lugar de la proclamación, aparece como expresión simbólica de gozo, de haber llegado a un momento importante, tan importante como es la proclamación del cumplimiento de la "promesa" acontecido en Jesucristo, momento en que el diálogo con el Padre toca sus cotas más altas porque se realiza en la misma persona del Hijo, Palabra encarnada. Aclamar a la proclamación de la Palabra de Dios con una respuesta de "amén" (como es el caso de la liturgia hispánica) o con la respuesta *Gloria a ti, Señor Jesús* (actual respuesta en el rito romano, traducción de *Laus tibi, Christe*) será un modo de expresar la fe, la acogida, el reconocimiento, la acción de gracias, el compromiso de vida y la conversión a la que dicha Palabra nos llama, es decir, es la expresión simbólica por la que se manifiesta el diálogo que Dios realiza con la comunidad reunida en su nombre.

Este mismo contenido se irá desarrollando desde aspectos diferentes en los otros momentos de que está compuesta esta mesa de la Palabra: homilía, credo, oración universal. La participación activa en estos momentos será el termómetro con el que podremos medir nuestro estar sentados alrededor de la mesa de la Palabra.

V. LA MESA DE LA EUCARISTÍA

Son muchos los siglos de camino eclesial en los que el centro de la celebración eucarística lo ocupaba con exclusividad la "mesa de la Eucaristía", concretamente el momento de pronunciar las palabras de la "consagración" del pan y del vino. Incluso en algún momento de la historia de la Iglesia bastaba con ver la elevación del pan y del vino para que uno se sintiese aliviado del compromiso eclesial de participar en la misa dominical, es decir, la participación en la Eucaristía consistía en el simple ver u

observar el momento de elevación del pan y del vino en la consagración. Se había perdido toda referencia a la Palabra de Dios en cuanto componente fundamental, integrante basilar de la acción litúrgica. Todavía hoy nos encontramos con personas que se interrogan sobre la "validez" de la celebración de la misa si acuden al templo a partir de la presentación de los dones.

Acudamos a la reflexión conciliar, para que, de una vez por todas, nos situemos en la acción litúrgica desde el conocimiento de valores que son fundamentales para que nuestra participación acontezca desde expresiones verdaderamente simbólicas y no se quede en una ritualidad vacía o, mucho peor, con ribetes de magia:

En la celebración litúrgica, la importancia de la Sagrada Escritura es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu, y de ella reciben su significado las acciones y los signos (SC n. 24).

Por las mismas palabras del Concilio podemos decir que ahora existen como dos núcleos en la celebración litúrgica de la misa —la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía—, pero con una puntualización importante: la Palabra alarga su presencia a la mesa de la Eucaristía, pues "de ella reciben su significado las acciones y los signos". Esto nos obliga a mantenernos dentro de la totalidad de la celebración en actitud continua de diálogo: toda la celebración se encuentra sembrada de Palabra de Dios. Este dato es tan decisivo y concluyente que obliga a la catequesis a tomarse con empeño decidido la dedicación especial a la formación bíblica. La formación bíblica repercute directamente en la participación dentro de la celebración litúrgica. De ahí que quien vive en un grado de profundidad creciente las expresiones simbólicas de la mesa de la Palabra, podrá vivir en mayor medida las expresiones simbólicas de la mesa de la Eucaristía.

Las distintas expresiones simbólicas que dan cuerpo a esta mesa de la Eucaristía subrayan básicamente las dimensiones de acción de gracias y de alabanza que nacen del encuentro con el Misterio Pascual: encuentro con Jesucristo en la manifestación del proyecto del Padre desde los momentos particulares de la muerte, la resurrección y la ascensión. Momento central de la mesa de la Eucaristía es la plegaria eucarística, cuyo desarrollo culmina en la participación en el cuerpo y sangre de Cristo, expresión

simbólica de un profundo y querido encuentro con Dios en Cristo¹³. No es mi intención detenerme en todas y cada unas de las expresiones simbólicas que se aglutinan en torno a la mesa de la Eucaristía, pero no puedo dejar de llamar la atención respecto a la consideración de la misma plegaria eucarística. A veces resulta ser este momento el más prolijo de la misa, momento en que la distracción parece invadir al porcentaje mayor de los presentes, y más tratándose de una celebración eucarística con asistencia masiva de niños o jóvenes. Esto no resultaría así si contemplásemos la plegaria eucarística como la gran expresión simbólica de esta mesa de la misa —siempre en consonancia directa con la Palabra de Dios—. Es el momento de la acción de gracias de Cristo al Padre, momento en que Cristo asocia a la Iglesia en esta acción de gracias. De aquí la doxología con que culmina esta oración: "Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos". La aclamación de la asamblea con el "amén" rotundo y festivo, viene a ser como la ratificación de experimentarse unida a Cristo en la acción de gracias, sabiéndose cada uno de los miembros de la asamblea hijos en el Hijo Jesucristo. Un camino pedagógico que utiliza la liturgia hispánica para que la asamblea viva la expresión simbólica que es la plegaria eucarística, consiste en que, después de pronunciadas las "palabras de consagración" sobre el pan, y luego sobre el vino, la asamblea responde a cada una de ellas con la aclamación de un "amén" expresivo y conmemorativo porque, en última instancia, está reevocando la inserción en Cristo desde la iniciación cristiana y, por tanto, subrayando la dimensión sacerdotal del pueblo de Dios.

Otra expresión simbólica que encontramos de camino hacia el momento de la participación en el cuerpo y la sangre de Cristo, por tanto participación en el cuerpo y sangre de Aquel que no ha sido abandonado al poder de la muerte, sino que ha sido devuelto al reino de la vida (y se nos muestra en su cuerpo vivo y glorioso de resucitado), es el llamado "signo de la paz". Son muchas las referencias bíblicas que están en la base de esta expresión simbólica, y a ellas se añade un sinfín de connotaciones de tipo ambiental, social, grupal que hacen recobrar novedad a la misma expresión simbólica. Por eso, incluso cuando el sacerdote no invita a

¹³ "Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el cuerpo del Señor" (SC n. 55).

intercambiar un gesto de paz entre los miembros de la asamblea, ésta, y no pocas veces, toma la iniciativa de realizar esa expresión simbólica. Este particular modo de actuar que se observa en algunas asambleas advierte de la importancia del compromiso y vivencia personal en aquello que toca de lleno a nuestro ser más profundo, para que lo vivamos como verdadera expresión simbólica.

Esto último que señalamos, es decir, la iniciativa que toma la misma comunidad de no pasar por alto la expresión simbólica del deseo de paz, es una llamada de atención para todos aquellos que son los primeros y principales animadores de la celebración litúrgica; no hay que correr el riesgo de dejar que las expresiones simbólicas pierdan su base antropológica y pierdan en significatividad. En la catequesis podemos encontrar una verdadera ayuda para salir al paso de las crisis que, en el campo de las expresiones simbólicas, sacuden nuestras actuales celebraciones litúrgicas.

VI. ALGUNOS RETOS QUE SE DEBEN AFRONTAR

No cabe duda de que la reflexión conciliar del Vaticano II a partir de la constitución *Sacrosantum Concilium* ha supuesto una renovación en el campo litúrgico. Como toda renovación, también ésta ha puesto su mirada, por una parte, en lo genuino del rito romano, con una seria purificación de los ritos¹⁴, y, por otra, en un cierto espíritu ecuménico, como es el caso de haber introducido plegarias eucarísticas de corte oriental. Desde estas opciones se corre el peligro de que la renovación litúrgica se quede en las capas eclesiales más formadas y no tome cuerpo en la base. Cierto es que el proceso de renovación necesita tiempo, pero llevamos ya treinta años desde que acabó el Vaticano II, y en algunas celebraciones litúrgicas parece como si todavía no hubiese existido este Concilio ecuménico.

¹⁴ "Porque la liturgia consta de una parte que es inmutable, por ser de institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aun deben variar, si es que en ellas se han introducido elementos que no responden tan bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados. En esta reforma, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria" (SC n. 21).

1. *Evitar el alegorismo y devocionalismo*

La conceptualización de nuestras celebraciones — cosa que sucede cuando no se da cabida en medida proporcionada a la dimensión afectiva, emotiva, de la persona — puede correr el peligro de conducir a una lectura de la celebración litúrgica de corte alegórico. No sería la primera vez que se tiende al reduccionismo alegórico para vivir las celebraciones litúrgicas. Ya en la Edad Media, Juan de Beleth invitaba a descubrir en el sacerdote que celebraba la Eucaristía la presencia de Cristo mismo en lucha contra el demonio, de modo que las vestiduras para la acción litúrgica debían ser consideradas como las armas de un guerrero; la lectura del evangelio, como el golpe de espada contra el diablo; la paz, como el anuncio de victoria contra el enemigo¹⁵. Floro de Lyon, ridiculizando el alegorismo al que invita Amalario de Metz (siglo IX), dirá que para este autor "el cáliz es el sepulcro de Señor; el celebrante es José de Arimatea, y el archidiacono es Nicodemo, en cuanto sepultureros de Cristo; los diáconos que están inclinados detrás del celebrante son los apóstoles que, en la pasión del Señor, buscaban pasar inadvertidos y esconderse; los subdiáconos, que están de pie frente al celebrante, son las mujeres que con libertad estaban junto a la cruz"¹⁶. Quien necesita de tales argumentos para poder seguir la celebración litúrgica es difícil que pueda introducirse en el diálogo del misterio. Estemos atentos a los ejemplos que ponemos en nuestras explicaciones de los distintos pasos de la celebración litúrgica para no apartar de la expresión simbólica en la que nos reconocemos a nosotros mismos y a Dios¹⁷. Pero también la conceptualización puede apartar hacia el "devocionalismo", por sentirse la persona incapaz de adentrarse en unas exposiciones sobre el misterio, presente en la acción litúrgica, demasiado elevadas.

2. *La iniciación a los símbolos*

En los primeros siglos del cristianismo se dedicaba un tiempo más o menos prolongado a preparar a quienes pedían formar parte del grupo de cristianos: tiempo del catecumenado. En este espacio temporal de informa-

¹⁵ Cf. Juan de Beleth, *Rationale*, nn. 32-33: PL 202,43.

¹⁶ Floro de Lyon, *Opusculum adv. Amalarium*, 1,2-4: PL 119,73.

¹⁷ Cf. J. Llopis, "La liturgia como lenguaje simbólico": *Phase* 23 (1983) 447-456.

ción y formación se guiaba al candidato por un camino básicamente bíblico y testimonial hasta llegar a la celebración sacramental de la iniciación cristiana. Se iniciaba al catecúmeno, mediante la catequesis, en la lectura y comprensión de las expresiones simbólicas, continuándose este tipo de formación catequética en el tiempo inmediatamente posterior a la celebración de la iniciación, tiempo llamado "de la mistagogia". Toda expresión simbólica tiene la propiedad de velar y desvelar al mismo tiempo; de ahí la urgencia de entender la vida cristiana como "mistagogia permanente", a partir principalmente de la Palabra de Dios, de modo que, día a día, año a año, las expresiones simbólicas con las que nos sentimos celebrando el misterio de la Pascua las vivamos menos veladas.

3. *Expresiones simbólicas auténticas*

Las expresiones simbólicas o son auténticas o son falsas. La autenticidad se mide básicamente por la vivencia interior, pero se transparenta en el soporte corporal del que celebra y en el soporte material de aquello con lo que se celebra. El que preside una celebración litúrgica desempeña una tarea especial dentro de la asamblea: es el animador principal de la comunidad de fe. Sus gestos, sus palabras, su talante celebrativo deben mostrarse en la mayor posible transparencia del misterio que se celebra: deben ser auténticos, verdaderos, manifestadores de la verdad y autenticidad interior. Un animador desanimado, desmotivado, falto de autenticidad, difícilmente puede transparentar la verdad y autenticidad de que carece.

Los mismos elementos que usamos en la celebración, como pueden ser el pan, el vino, el agua, los libros de la Palabra de Dios, las vestiduras..., deberán ser lo más auténticos posible para no contribuir al ocultamiento del misterio, sino a desvelarlo. Un pan que no sabe a pan, un cáliz en el que jamás se participa, un agua con la que jamás se rocía a la comunidad, unos libros "sagrados" rotos o que no se usan, unos vestidos que no corresponden a la talla de quien los lleva... Todo ello, en definitiva, va a ser factor desfavorable para introducir en el misterio que se celebra. Una fracción del pan que se hace deprisa y corriendo o mientras la asamblea se ofrece un gesto de paz, ¿no aparece como una falsa expresión simbólica?

4. *Novedad simbólica y conservación simbólica*

Todo grupo necesita mantener siempre vivo su momento fundacional si desea conservarse, definirse y entenderse como tal grupo (de ahí la presencia de unas expresiones simbólicas que se conservan como tradición). Pero necesita también crear expresiones simbólicas nuevas para sentirse vivo en un determinado eje espacio-temporal. De ahí la dialéctica entre la novedad simbólica y la conservación simbólica, con el fin de no perder su identidad y sentirse vivo en el presente. De ahí también la tarea catequética de ir descubriendo las urgencias de novedad y conservación y ofrecerlas con valentía a la acción litúrgica. En palabras de Jesús, tarea de la catequesis será actuar como aquel "que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos y es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (Mt 13,52).

Siempre ha tenido y tendrá la catequesis un papel fundamental en la tarea de guiar, a quien se convierte al Evangelio, a la celebración litúrgica. En una sociedad como la actual, con crisis de valores o en continua indefinición, será importante conducir a lo que de positivo presenta la repetición (pues la liturgia puede definirse como la constante repetición de lo siempre nuevo y eterno) y a la integración de lo que lleva a cada Iglesia particular a sentirse tal Iglesia en su entorno, es decir, aquello por lo que se descubre también en novedad. La vivencia de la expresión simbólica en la liturgia será siempre un reto para la catequesis y para la misma liturgia.